

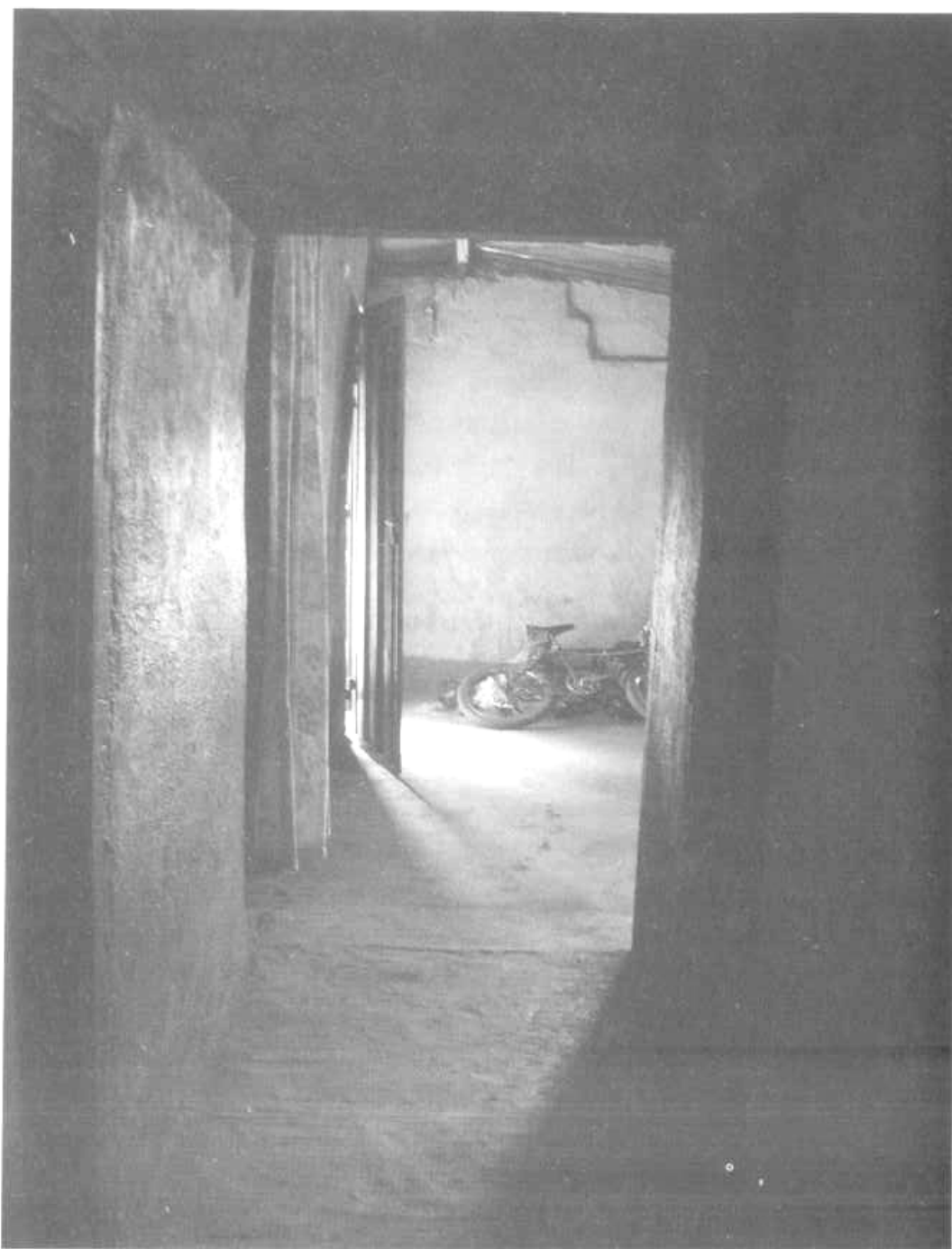


Foto: Daniel Matos

FOTOGRAFÍA Y ESCRITURA POÉTICA:

Vasco Szinetar

EUGENIO MONTEJO

La labor artística de Vasco Szinetar se ha concentrado en dos campos vecinos y fértiles: la fotografía y la escritura poética. Forma parte de su propósito el deseo de demostrarnos que los límites entre ambos campos son meramente ilusorios, que su tutor bien puede estar trabajando en uno de ellos cuando lo creemos en el otro. Lo cierto es que cultiva ambas formas artísticas tratando de presentárnoslas como partes de un único cuerpo simbólico mediante el cual desea ser conocido.

Su caso no es raro. Otros creadores del pasado o del presente han compartido la búsqueda del hallazgo fotográfico y la poesía. Un ejemplo ilustre, de rara mención, es el peruano José María Eguren, admirable poeta simbolista y fotógrafo inventor y preciosista. El arte de Vasco tiene de singular, sin embargo, cierta aura eléctrica que acaso arraigue en un angustioso registro del tiempo, especialmente en lo que éste comporta de fugacidad irreparable. Hombre de temperamento rápido, casi inubicable por veloz, pareciera anticiparse a sí mismo. Cifra ya los cuarenta, una edad que a otros pudiera aminorarles la marcha, pero en su edad, como en todo, anda delante de sus propios pasos.

Es posible, por tanto, que la inclinación fotográfica de Vasco haya nacido del deseo de contrarrestar una acelerada percepción de las horas y

la comprobación de lo efímero que con ella se graba en el ánimo. Fijar lo que se ve, reproducirlo en un presente perpetuo, ayuda a mitigar el temor de que los seres y las cosas se desvanezcan demasiado pronto. Refuerza esta presunción el hecho de que, como fotógrafo, haya elegido preferentemente el arte del retrato. Podría hacer suyo el aforismo de Lichtenberg: "la superficie más extraña que podemos mirar sobre la Tierra es el rostro humano". Sobre tan enigmática superficie se centra ávidamente su cámara; no faltan las veces en que se vale de un espejo para reproducir su propio rostro junto al de la persona retratada. Cuando así hace suele sorprendernos con alguna traviesa mueca de su parte, algo que no sólo pretende disolver la rigidez de la postura ante el enfoque, sino que pareciera recalcar algo más. ¿A quién va dirigida esa mueca? Me atrevería a decir que al tiempo mismo, sin dudas, porque el tiempo es el mal, el verdadero mal, según afirmaba Ezra Pound. Como retratista, en todo caso, ha compuesto una nutrida galería de figuras, en su mayoría de poetas y escritores, que manifiesta su pericia para captar en destellos irrepetibles el carácter de sus personajes.

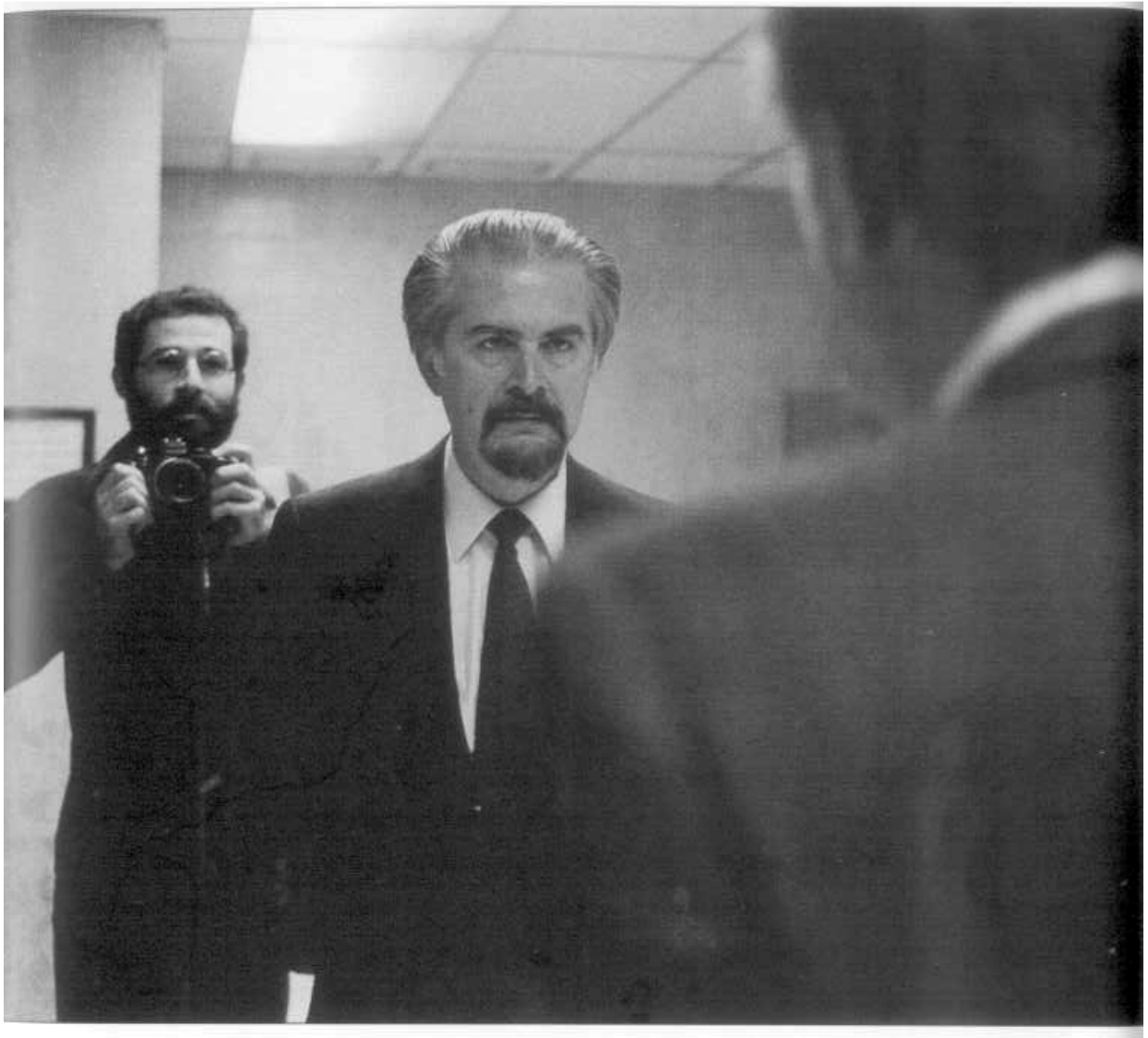
Si nos desplazamos al campo de su escritura poética comprobamos que ésta se nutre de los mismos secretos móviles que dan vida a su afán de retratista. Por esta vez la cámara desaparece, o creemos que desaparece, y las palabras quedan a cargo de suplirnos las imágenes. Son poemas señaladamente visuales, acaso porque su escritura se vale del sentido menos rápido al confrontar el paso del tiempo. Como se sabe, aunque seamos sobre todo "animales de ojos", los psicólogos nos han probado que, al contrario de otras especies, nuestro sistema visual es más lento que el tacto y el oído. Y por más lento, por más demorado, lo visto puede pertenecernos más que lo que palpamos u oímos. En su último poemario publicado, *El libro del mal amado*, resulta patente la recreación visual de lo instantáneo, como si intentara fijar también una palabra en blanco y negro que no puede a la zaga de los logros obtenidos por su fotografía. Predomina en sus composiciones el tono monológico, dispuesto a servirse del apunte casual, la nota de humor, el recuerdo y el erotismo. El verso universal de tres segundos, que en castellano anda cerca del octosílabo, le sirve para confiarnos sus dibujos sentimentales. No pocas de sus palabras dialogan con una fotografía imaginaria, o bien tratan de crearla a medida que el

texto se desarrolla. Las hay también que parecen dichas por algún íntimo retrato desde el ángulo de una pared familiar. Tales son, por ejemplo, las que leemos acerca de su padre, "Más veloz que su hijo, más veloz".

Al consagrarse por igual a dos géneros, uno tan antiguo como el hombre y otro de invención reciente, el arte de Vasco Szineta se ha propuesto relacionarlos y, hasta donde le es posible, fusionarlos en una sola propuesta. El reconocimiento de sus méritos como fotógrafo halla a su favor el prestigio que los productos audiovisuales se acreditan en nuestra época. Lo que pueda lograr en poesía, en cambio, tiene un destino más incierto. La poesía hoy está sola y convoca a menos gente. Hay razones para creer, sin embargo, y él debe de suscribir esta creencia, que en la medida en que los medios audiovisuales envejezcan y se decante el trato del hombre con ellos, la poesía recuperará el preferente sitio que todas las culturas le han reconocido desde antiguo. Llevado por tal convencimiento o quizá por otro menos verbalizable, Vasco alterna sin tregua el empleo oportuno de la cámara con solitaria devoción por el cuaderno lírico.

El Universal, octubre, 1990

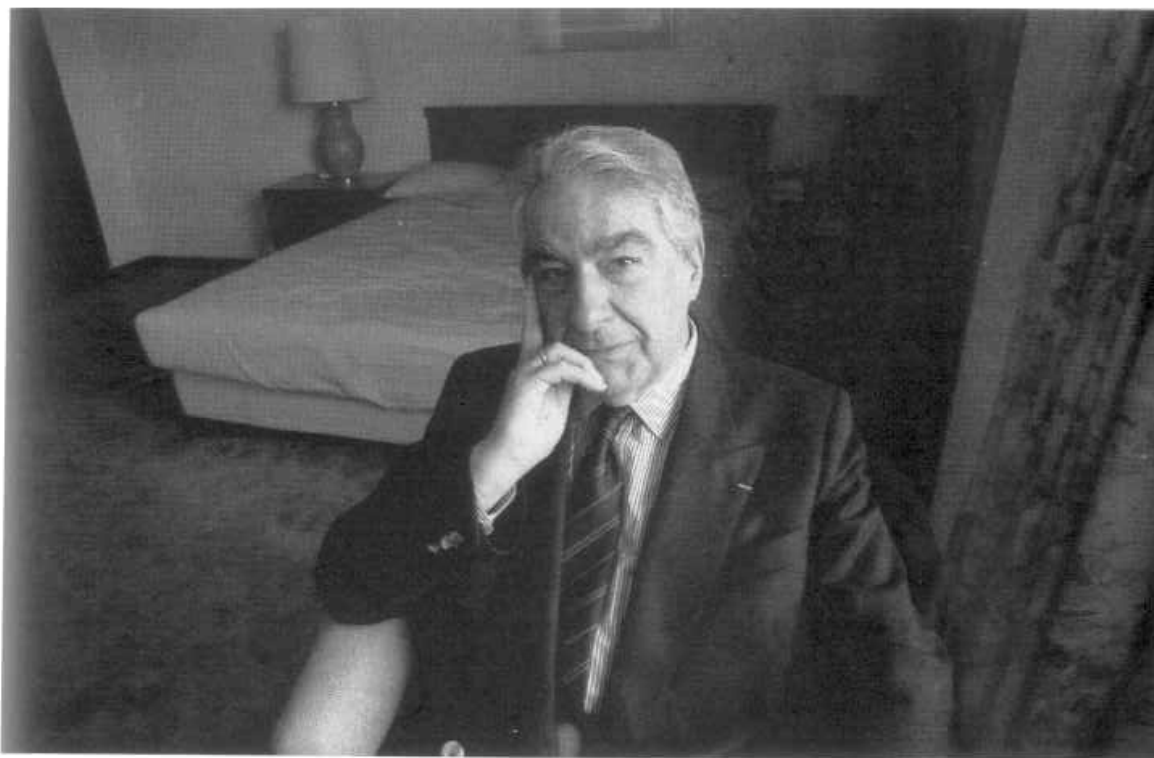
Las naciones no sólo se componen de estructuras, cualesquiera sean sus tipos y orígenes; más bien, se componen de rostros. Cada uno de ellos refleja un mundo dentro de otro. Acaso pueda el lector pensar que la galería de retratos que ilustra la revista está pensada, inventada. De eso, precisamente, se trata. Los rostros de aquellas figuras, intelectuales y artistas, que acompañan la letra fronteriza pertenecen todos a personalidades representativas de ambos países. Con su selección e incorporación no sólo buscamos ilustrar, de manera más especial, mirando a los ojos, se pretende reforzar el tema.



Fernando Botero. Caracas, 1986.



R. H. Moreno Durán. Bogotá, 1991.



Alvaro Mutis. Caracas, 1992. 6



Feliza Burzryn. Bogotá, 1981.



Laura Restrepo Caracas, 2005.



Germán Arciniegas Caracas, 1983



Juan Gustavo Cobo Borda. Caracas, 1990.



Rogelio Salmona. Bogotá, 2004.



Héctor Abad Faciolince. Caracas, 1999.



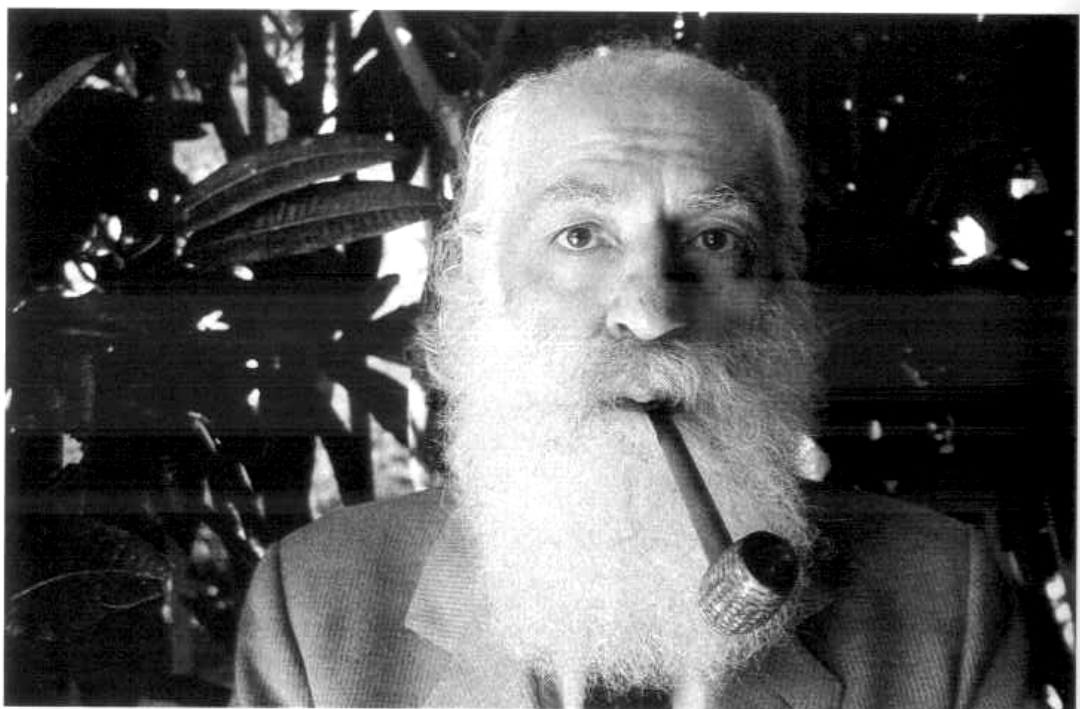
Antonio López Ortega. Caracas, 1987.



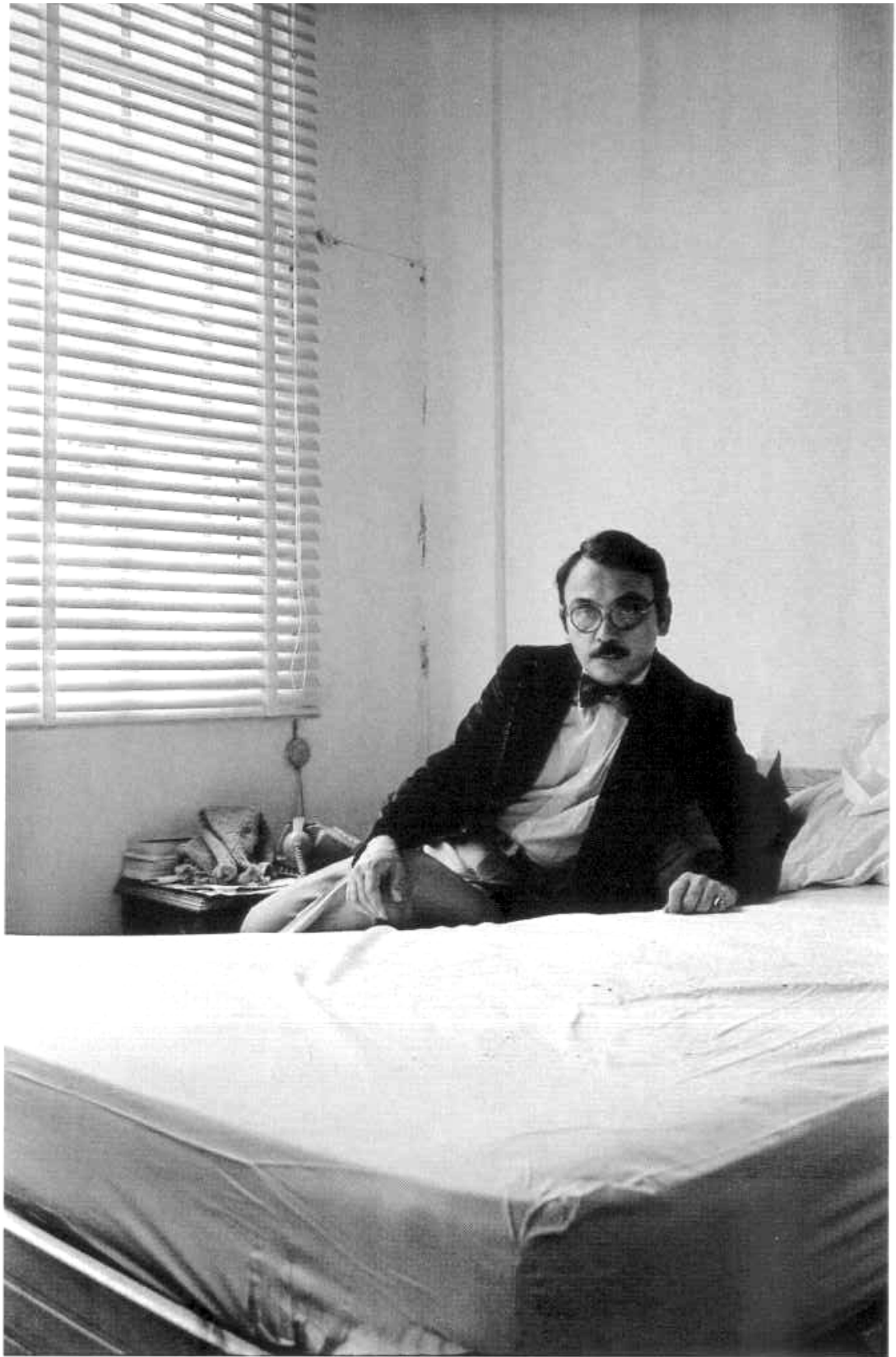
Elizabeth Schön. Caracas, 2002.



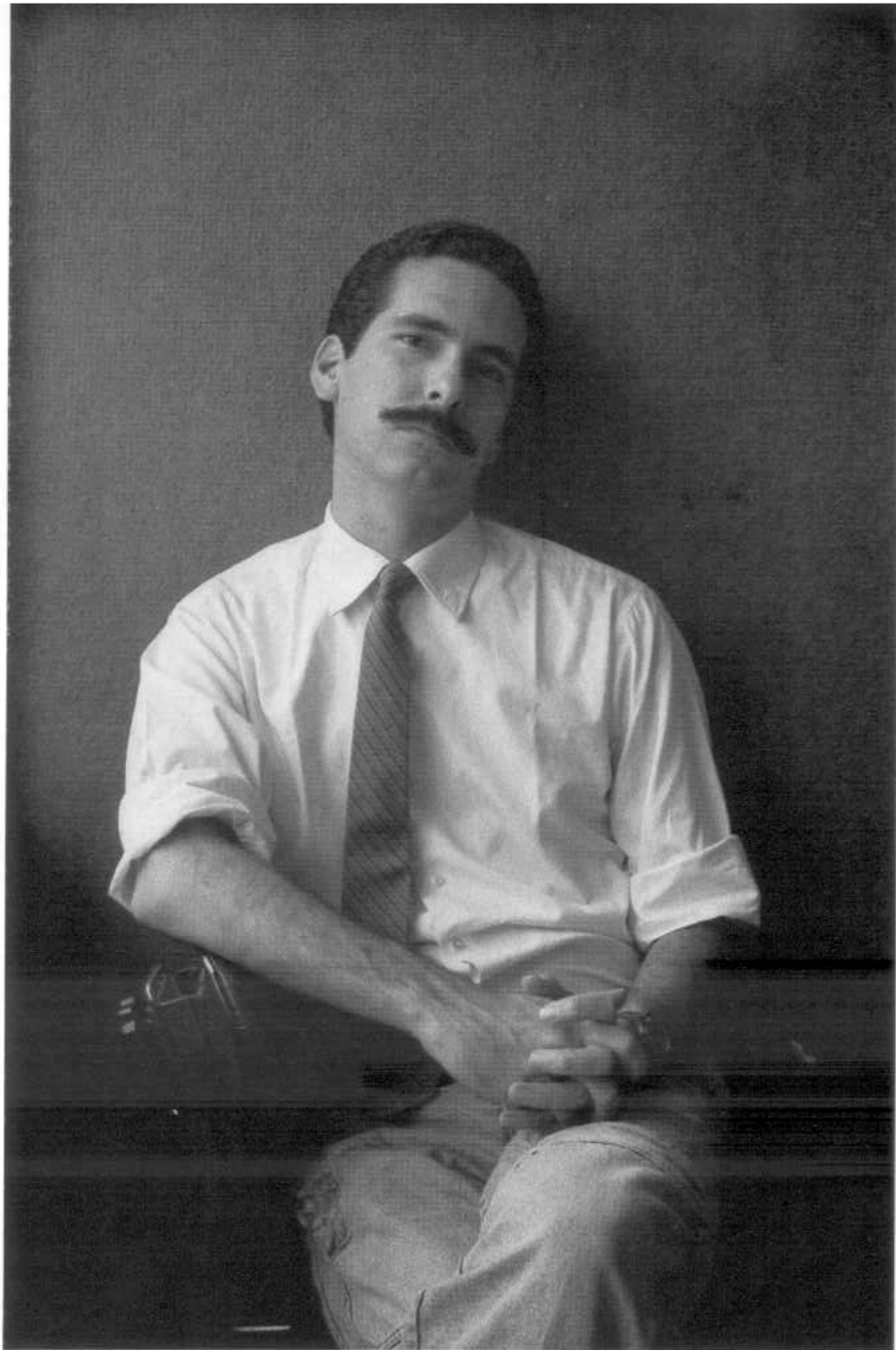
Yolanda Pantin. Caracas, 1985.



José Manuel Briceño Guerrero. Caracas, 1987.



Eugenio Montejó. Caracas, 1998.



Rafael Arráiz Lucca. Caracas, 1987.



Fabíola Vetencourt e Igor Barreto. La Guaira, 1983.



Elisa Lerner. Caracas, 1997.



Juan Liscano, Caracas, 1989.